

El Camino es por aquí

José Glez. Poyatos S. I.

El dos de Noviembre recibía S. Santidad, en audiencia especial, a 25 cardenales y 218 arzobispos y obispos, que habían tomado parte en las fiestas declarativas de la Realza de María.

En aquel pacífico consejo de familia, el Papa dió las consignas. Su preocupación voló a los problemas «sacerdocio» y «gobierno de la Iglesia». Los había prometido el 31 de Mayo, cuando, en la canonización de S. Pío X, trató con los cardenales el problema «magisterio de la Iglesia en relación con los seglares». Sus palabras suenan fuertes, pero al mismo tiempo firmes y caritativas. (A A S. vol. 46 [1954] p. 666 ss.)

El sacerdocio de los seglares

Sí. Lo afirma el Papa, apoyado en un texto de S. Pedro. «No se puede negar ni poner en duda que los fieles posean un cierto sacerdocio, que no hay que desvalorizar ni empuqueñecer». Comenzamos a participar de este sacerdocio por el bautismo, que nos *separa* del mundo y nos *consagra* para un culto sobrenatural de Dios. Ahora bien, siendo el sacrificio eucarístico el principal acto de culto en el Nuevo Testamento, es natural que todos participemos en él, de una manera activa.

Hace ya muchos años que se dejó la costumbre de hacer salir del templo, al tiempo del ofertorio, a los que no podían participar en él: infieles, catecúmenos, pecadores públicos. Pero aquellos cristianos, que presen-

ciaban esta ceremonia, debían experimentar, al girar las puertas sobre su quicio, un hondo estremecimiento por la proximidad del misterio al que se les permitía y se les exhortaba a asistir. Con sabor de cenáculo se pondrían sobre el altar las ofrendas que ellos habían traído y que también ellos presentarían al Señor.

Entre los que salían, algunos hubieran deseado la asistencia: los catecúmenos. Pero no se les excluía, porque se temiera una profanación, sino porque su asistencia era algo más que pasiva.

De esta conciencia de la actividad litúrgica de los fieles encontramos numerosos indicios en la historia de la Liturgia. Como una curiosidad citaremos: Nicolás de Cusa, por el año 1453, propugnaba la conveniencia de que los fieles asistieran a la misa en ayunas. Y la razón, que él daba, era que los fieles eran junto con el sacerdote los OFERENTES, del sacrificio.

Hacia esta participación activa avanzamos hoy, aunque, por desgracia, abundan círculos en los que todavía muy lentamente.

El Papa se alegra de tales progresos; pero, en algunas partes, se ha pasado la línea dogmática. Alguien ha dicho que el sacerdote no es, en la Misa, sino un delegado de la comunidad. De donde ha deducido que el sacrificio eucarístico es, esencialmente, una «concelebración» y que los sacerdotes deberían mejor «concelebrar» con el pueblo presente que ofrecer el sacrificio en particular. Siguiendo la misma línea de con-

EN LA IGLESIA PRIMITIVA

Nosotros, después de haber bautizado al que ha creído y se ha unido a nosotros, lo llevamos a los llamados hermanos, allí donde están reunidos para rezar fervorosamente las oraciones comunes por nosotros mismos, por el que ha sido iluminado y por todos los otros que hay en todas partes, para que seamos dignos de ser hallados perfectos conocedores de la verdad, buenos administradores y cumplidores de los mandamientos con obras, de suerte que consigamos la salvación eterna.

Acabadas las preces, nos saludamos con el ósculo. Seguidamente se presenta al que preside entre los hermanos pan y una copa de agua y de vino mezclado con agua.

Cuando lo ha recibido, alaba y glorifica al Padre de todas las cosas por el nombre del Hijo y del Espíritu Santo, y da gracias largamente, porque por Él hemos sido hechos dignos de estas cosas.

Habiendo terminado él las oraciones y la acción de gracias, todo el pueblo presente aclama diciendo: Amén. Amén significa en hebreo así sea.

Después de que el que preside ha dado gracias y todo el pueblo ha aclamado, los que entre nosotros se llaman diáconos dan a cada uno de los presentes a participar del pan y del agua eucaristizados, que también llevan a los ausentes.

Este alimento se llama entre nosotros Eucaristía; del cual a ningún otro es lícito participar, sino al que crea que nuestra doctrina es verdadera y que ha sido purificado con el bautismo para perdón de pecados y para regeneración, y que vive, como Cristo enseñó. Porque estas cosas no las tomamos como pan ordinario ni bebida ordinaria, sino que (...) es la carne y la sangre de aquel Jesús que se encarnó.

*(S. Justino, Apología
I c. 65-66).*

clusiones algunos han afirmado que la celebración de una Misa, a la cual asistan devotamente cien sacerdotes, equivale a cien misas celebradas por otros tantos sacerdotes.

Por lo que tiene de verdadera esta tendencia ha llevado a vivir más intensamente ese acto, para algunos tan ayuno de sentido, de asistir a la santa Misa.

Pero la Iglesia no negocia con el error. «No se trata, dice el Papa, en el caso presente de considerar el fruto de la celebración o asistencia al sacrificio eucarístico, sino de establecer la naturaleza del acto. Debemos separar la verdad del error y suprimir toda ambigüedad. Cuando el sacerdote se acerca al altar, lo hace como ministro de Cristo, pero superior al pueblo. Este, por el contrario, de ninguna manera hace las veces del divino Redentor y no siendo reconciliador entre sí mismo y Dios, no puede desempeñar el ministerio sacerdotal». Puede, eso sí, y debe unirse al sacerdote para presentar a Dios el sacrificio que ofrece Jesucristo, su Cabeza, por la gran familia humana. Así cumple con su sacerdocio real y verdadero, aunque esencialmente distinto del de los sacerdotes ordenados.

Liturgia

Tangencialmente toca el Papa este punto. Alaba la labor desarrollada por los liturgistas de hacer participar cada vez más a los fieles en el santo sacrificio. Al mismo tiempo les avisa de no tomar iniciativas «más audaces que prudentes». Especialmente reclama para la Santa Sede, la exclusiva potestad de alterar los ritos litúrgicos, principalmente de la Santa Misa.

En la calle y en el Altar

Al tratar del gobierno de la Iglesia, el Papa comenta la autoridad de los obispos en materias no estrictamente religiosas. De las dos vertientes que tiene el binomio Iglesia-Estado: El Estado hacia la Iglesia y la Iglesia hacia el Estado, toca el Papa esta segunda. ¿Tiene la Iglesia y en concreto sus auténticos representantes, los obispos, que intervenir en los negocios de la «vida real»?

Hay una teoría, actualmente defendida por algunos, según la cual Iglesia y Estado son dos paralelas que no deben cortarse jamás. Que el Estado se preocupe del cuerpo, que la Iglesia luche por el alma.

Esta teoría encaja estupendamente en una sociedad en que la racionalización de la producción llega a

asignar a un hombre la única tarea de apretar un botón doscientas ochenta y tres veces a la mañana en una fábrica de agujas. Pero olvida la teoría que la vida se muestra impermeable a los métodos de Taylor. Olvidan que la naturaleza del hombre y por consiguiente de la sociedad es ser cuerpo y alma al mismo tiempo.

Desde luego habrá asuntos en los que la Iglesia no tiene derecho a intervenir. Poco le importa a ella que una carretera se haga por ésta o por aquella región. Aun estos casos no siempre están limpios de toda relación a los intereses de la Iglesia. No es esto lo corriente.

Pero se necesita ser muy ingenuo para creer que todos los casos son así. Son bastantes los que, siendo de interés social y estatal, hablan también de una relación más o menos explícita al fin sobrenatural de la Iglesia, que es la razón por la que ésta puede intervenir en ellos. Hace unos meses arrestaban en la Argentina, con un mes de cárcel a un sacerdote, porque había dicho comentando al Papa, que los sacerdotes deben preocuparse de los problemas sociales de sus feligreses. Y los ejemplos abundan.

«Contra los errores de este género es necesario sostener abierta y firmemente que el poder de la Iglesia no está limitado a las cosas estrictamente religiosas».

A continuación circunscribe el Papa por ejemplos la pantalla sobre la que ha de proyectarse esta intervención eclesiástica: ley natural, cuestión social, fin y límites del poder civil, relaciones entre los individuos y la sociedad, Estados totalitarios, laicización completa de la escuela, moralidad de la guerra actual, lazos que se establecen entre las naciones... En todos estos problemas es imposible limitar la intervención de la Iglesia. Porque no es posible evitar que todos estos problemas tengan una relación esencial al fin sobrenatural del hombre, cuyo cuidado se le ha entregado a la Iglesia. No le está permitido al cristiano despreciar los bienes sobrenaturales, cualquiera sea el uso que hagade las cosas materiales.

Autoridad de la Iglesia y moral individual

Muy unido con lo anterior es lo que aquí consideramos. «Un gran número, tanto de hombres como de mujeres, de nuestro tiempo, piensan que la dirección y vigilancia de la Iglesia ofenden la dignidad y autonomía que conviene a los adultos: Que la Iglesia exponga —no dudan hablar en tales términos— los dogmas de su doctrina, que promulgue sus leyes para dirigir nuestras acciones. Debe detenerse cuando se

HABLA PÍO XII

Más aún que en el campo de la conducta privada, hay hoy muchos que querrían excluir el dominio de la ley moral de la vida pública, económica y social, de la acción de los poderes públicos en el interior y en el exterior, en la paz y en la guerra, como si aquí no tuviese Dios nada que decir, al menos, en sentido definitivo.

La emancipación de las actividades humanas externas, como la ciencia, política, arte, de la moral, a veces viene motivada, bajo el aspecto filosófico por la autonomía que les compete, en su campo, de gobernarse exclusivamente según leyes propias aunque se admita que éstas coincidan ordinariamente con las morales (...)

Como se ve, es un modo sutil de sustraer las conciencias al imperio de las leyes morales. En verdad, no se puede negar que tales autonomías son justas en cuanto manifiestan el método propio de cada actividad y los límites que separan sus diversas formas en el aspecto teórico; pero la separación de método no debe significar que el científico, el artista, el político está libre de cuidados morales en el ejercicio de sus actividades, especialmente si éstas tienen inmediatos reflejos en el campo ético, como el arte, la política, la economía.

La separación neta y teórica no tiene sentido en la vida, que es siempre una síntesis, ya que el sujeto de toda especie de actividad es el mismo hombre cuyos actos libres y conscientes no pueden escapar a la valoración moral.

Nuestros Predecesores y Nos mismo, no hemos cesado de insistir sobre el principio de que el orden establecido por Dios abraza la vida entera, sin excluir la vida pública, en cada una de sus manifestaciones, persuadidos de que en esto no hay ninguna restricción de la verdadera libertad humana ni intromisión ninguna de la competencia del Estado, sino una seguridad contra errores y abusos de los que la moral cristiana, si se aplica rectamente, puede proteger.

(AAS, vol. 44, (1952) 270).

trate de la aplicación a la vida de cada uno, de ninguna manera se inmiscuya en estos asuntos, deje que cada uno obedezca a su razón y a su conciencia. Y esto tanto más cuanto que la Iglesia y sus ministros — dicen ellos — no conocen la situación concreta ni el conjunto de condiciones internas o externas en el que cada uno se encuentra y donde debe tomar sus decisiones y velar por sus intereses».

Alude aquí el Papa a la tendencia llamada «ética de situación». Según ella, la moral habría que concebirla como un riesgo individual que todo hombre debe arrostrar teniendo en cuenta exclusivamente a Dios y su conciencia personal. De ella se ocupó PROYECCIÓN en su número segundo (pp. 41-46).

El Papa cita las palabras de San Pablo a los corintios en su primera carta: «*Cuando era niño, hablaba como niño, sentía como niño, razonaba como niño, pero cuando me he hecho hombre me he despojado de las cosas de niño*», y dice que así debe ser. «El verdadero arte del educador no sigue otro método, el verdadero pastor de almas no tiende, sino a desarrollar en los fieles que le están confiados *«el hombre perfecto con un desarrollo orgánico proporcionado a la plenitud de Cristo»* (Eph 4¹³). Pero una cosa es ser adulto y otra, totalmente diferente, no estar sometido a la dirección y gobierno de la autoridad legítima. El gobierno no es, en efecto, una tutela de menores, sino la dirección eficaz de los adultos hacia el bien de la comunidad».

Además de que esta infancia espiritual es algo inherente a la naturaleza, mientras estamos lejos de la perfección humana y total del cielo.

Unos artículos de l'Osservatore nos hacen sospechar que se refiera el Papa también a esa otra dirección, en este extremo reprochable, de querer hacer algunos seglares una moral, hasta un dogma, libres de las severas ataduras del magisterio de la Iglesia.

Los principios deben estar siempre claros. En la Iglesia, los únicos que, por institución divina, tienen el deber y el derecho de enseñar, son el Papa y los Obispos. Todos los demás, aun los sacerdotes, son colaboradores, cuya ayuda sólo es legítima cuando se ejercita bajo el llamamiento y la dirección de aquéllos. Estos colaboradores son en primer lugar los sacerdotes, por dos obvias razones. Primero por su carácter sagrado y segundo por su preparación eclesiástico-teológica.

No queremos decir que esta preparación sólo se encuentre en el sacerdote, ni aun siquiera que siempre la encontramos en él. Habrá seglares, y ojalá abunden cada día más, eminentes en cuestiones teológicas y aun los habrá que sepan exponer las verdades mejor que muchos sacerdotes. De ellos será ofrecer sus personas al trabajo, siempre que lo hagan bajo la dirección de los legítimos representantes y con la debida preparación. No olvidemos que aun San Pablo, antes de lanzarse al apostolado, pasó largo tiempo en el desierto de Arabia y después no comenzó su predicación sin presentarse a las columnas de la Iglesia, los Apóstoles.

Es un error, decíamos en la presentación de nuestra revista, la identificación excluyente clérigo-teólogo. Es falsa la oposición laico-teólogo. Hemos de tender a convertir la segunda de estas dos actuaciones en igualdad y, desde luego, a quitar el «excluyente» de la primera.

Estemos con el Papa.

